

## La revolución ininterrumpida. Veinte años de pensamiento sociológico

*Gonzalo Varela Petito*

### Introducción

LA CIENCIA SOCIAL DEL SIGLO XIX se conformó de acuerdo con un programa muy completo de conocimiento y acción. Los creadores de sistemas de pensamiento como Comte, Marx o Spencer no sólo estaban convencidos de haber dado en el clavo del verdadero y, en lo esencial, último conocimiento sobre la sociedad (lo que entre burlas y veras hoy llamaríamos una “teoría correcta”), sino también de estar proveyendo a la humanidad con herramientas intelectuales para una mejora de su destino global. Estas construcciones eran paradigmas<sup>1</sup> en un sentido cabal: modos de pensar y de investigar, de prever la evolución de los acontecimientos y de recomendar relaciones prácticas del hombre con la naturaleza y con sus semejantes; tanto una teoría general como un método y hasta una ingeniería política para la transformación social.

Estas convicciones reposaban, epistemológicamente, en la filosofía de la ciencia de su época o, en palabras de Comte, en la ciencia positiva, aquella basada en hechos o verdades comprobables y exteriores a la conciencia, o sea el conocimiento con referente empírico.<sup>2</sup> Lo científico era indudablemente demostrable, y ello lo hacía superior a otras formas de conocimiento, incluida la filosofía.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> El uso que haremos del término paradigma en este artículo no implica que compartamos el concepto de “ciencia normal” de Kuhn.

<sup>2</sup> En este punto no había gran diferencia entre Marx y Comte. Naturalmente no vamos a entrar aquí a la discusión acerca de la diferencia o la convergencia entre conocimiento científico y experiencia empírica cotidiana.

<sup>3</sup> De ahí viene una veta de animadversión a la filosofía, o al menos a la metafísica, por parte de autores positivistas, pero también por parte de Marx. Aquellos, como Karl Korsch, que rescataron al marxismo como filosofía, debieron ajustar cuentas con el rechazo expreso que Marx y Engels hicieron de la misma desde su época juvenil.

Desde nuestra perspectiva actual, poco importa que Comte denominara "sociología" al capítulo que habría de completar su observación acerca de la evolución de todas las ciencias (y por tanto de la humanidad) hacia el estadio positivo, mientras Marx, desde un punto de vista diferente, aspirara a fundar una teoría de la sociedad que encajara en una ciencia unificada acerca del hombre y la naturaleza.<sup>4</sup> El hecho es que ellos y una constelación posterior, en la que brillan especialmente los nombres de Durkheim, Weber o Parsons, sostuvieron hasta no hace mucho la convicción clásica (relativizada, según el autor de que se tratara) de haber encontrado la llave de la bóveda en materia de teoría sociológica. La última presentación de esta gran tradición se dio en los Estados Unidos a mediados del siglo XX, donde la trinidad Parsons-Merton-Lazarsfeld logró cristalizar, bajo el rótulo de sociología, un compuesto de gran teoría, teorías de alcance medio, metodología y técnicas de investigación. La disciplina ya no sólo buscaba ser una explicación de la realidad humana o una medicina para el avance social, sino también una profesión respetable con su nicho en el mercado de trabajo. Aunque algunos nubarrones se juntaban en el horizonte, hacia 1960 Parsons todavía podía dormir tranquilo pensando que lo único que quedaba por hacer era sistematizar conocimientos dentro de la perspectiva de la cual él era el santo patrón.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> Por tanto, fuera de los pleitos sectarios, los esfuerzos a lo Gouldner (1973) por esclarecer la pertenencia del marxismo a la sociología son a esta altura innecesarios. Por una parte, los problemas actuales de la sociología no tienen que ver con su coincidencia o divergencia con una escuela de pensamiento en particular y, por otra, si bien el marxismo como fenómeno histórico es bastante más que una tendencia sociológica, su relación con lo que hoy entendemos por sociología es indudable, ya no digamos en el siglo XX, sino desde su origen decimonónico. A no ser que se identifique sociología con positivismo o comtismo (recordemos que éste último es sólo una de las variantes del positivismo), y marxismo con "verdadera" ciencia. Pero estos añejos debates no conducen a nada, en primer lugar porque desde la perspectiva presente todos los pensadores clásicos, sin dejar de tener cierto valor, muestran sus pies de barro; en segundo lugar porque, toda proporción guardada, identificar sociología con positivismo es tan arbitrario como igualar biología con darwinismo o física con newtonismo. En vena parecida se tachó a Comte de conservador —lo que parece por lo menos discutible— y algunos marxistas, tal vez cansados de hacer cuentas, repararon en la aplicación de las matemáticas a las ciencias sociales un peligro antiproletario, ignorando que para Marx (1968 [1844]), como discípulo de la Ilustración, ninguna ciencia podía constituirse como tal mientras no hiciera uso de las matemáticas.

<sup>5</sup> Así como Lukacs, que creía que el método marxista, una vez inventado, no podía variar sino sólo observar cómo la historia variaba. Pero, entonces, ¿en qué dimensión quedaba ubicado el método? Este es el punto de vista que Thomas Kuhn describe como típico de los paradigmas establecidos en la fase previa a la acumulación de fallos explicativos y cuestionamientos alternativos. En cuanto a las "teorías de alcance medio", Blau (1995) pone en duda su misma existencia, al menos en la forma planteada por Merton.

No viene al caso detallar cómo de ahí pasamos a una época en que “todo se disuelve en el aire”. Pero se confirma la validez de una de las versiones del concepto de reflexividad (la de Gouldner), según la cual la sociología está inmersa en la circunstancia histórica y personal del sociólogo y depende de ella,<sup>6</sup> lo que trae una consecuencia perturbadora, puesto que si nuestra percepción es parcial, equivocada o contingente, también lo es nuestro pensamiento sociológico, y si depende de nuestra ubicación cultural, quiere decir que podría haber en lo social (como se especula en el ámbito de la física) una pluralidad de mundos con interpretaciones tan disímiles como válidas e irreductibles (Winch, 1972 [1958]).

Todo esto puede ser discutido por quien quiera permanecer en el ámbito de la tradición científica positiva (en el sentido amplio o estrecho de la palabra) preservando la firmeza intelectual y las expectativas que ésta promete a sus seguidores (Turner, 1991). Pero ello será relativo, pues la concepción actual de la ciencia, con la física a la cabeza, se ha convertido en una gran destructora de certezas, incluida la creencia en la propia ciencia.

Esta pérdida de confianza se focaliza en el cuestionamiento del principio de la obtención de la verdad por medio de la verificación empírica que produciría una forma de conocimiento confiable y superior a otras, como la filosofía, el arte, la mitología, la literatura, el sentido común o la religión. En sociología como en otras ciencias humanas, ello ha abierto el paso a distintas posturas hermenéuticas según las cuales las teorías, aunque no sean demostrables, tienen valor por la interpretación que brindan de la realidad. Pero si no se pueden demostrar ¿qué valor tienen estas explicaciones y cómo jerarquizarlas? Si la respuesta es que no hay jerarquías cognoscitivas, llegamos a la posición “pos-moderna” en epistemología y sociología de la que hablaremos más adelante.

Como el objeto de estudio de la sociología —así sea la sociedad, la estructura social, la acción social u otro— se reconoce ahora como complejo, sólo parcialmente cognoscible y no abarcable en forma eficiente por ninguna teoría o “coctel” de teorías; ya no es tampoco accesible en una perspectiva evolucionista que prometa una marcha constante hacia “el porvenir radiante”.<sup>7</sup> Tampoco es manejable mediante una ingeniería política en manos de alguna organización de vanguardia, sea un partido revolucionario o un “grupo compacto” tecnocrático.

<sup>6</sup> Esto suena ahora trivial, pero no lo era tanto cuando predominaba la tradición clásica; de hecho, el libro de Gouldner se publicó por primera vez en los Estados Unidos apenas en 1970. Otra cosa sería rastrear antecedentes de esta idea, como por ejemplo el concepto de praxis del joven Marx; y en lengua española resaltaría José Ortega y Gasset (1985 [1930]) que, ya en los años veinte, se preocupaba por proyectar a la sociología su tesis filosófica de la relación entre el hombre y su circunstancia.

<sup>7</sup> A lo sumo se sostiene la visión evolutiva como marcha de la sociedad hacia estadios de complejidad creciente (Luhmann y De Georgi, 1993: cap. 3).

Al decaer la aspiración de alcanzar una teoría definitiva,<sup>8</sup> la sociología comienza a parecerse a un sistema político plural, donde aun posiciones teóricas muy disímiles se reconocen y se necesitan para construirse por medio de relaciones de interpenetración y de diferenciación. La idea de una ciencia multiparadigmática se abre paso (Ritzer, 1975 y 1988a).

La falta de confianza en la posibilidad de la verdad, y quizá también la visión multiparadigmática, confluyen en el ataque al humanismo tradicional, en el cuestionamiento de la imagen del individuo como sujeto activo y cognoscente, que corrientes filosóficas vigorosas, con ramificaciones en la sociología, como el existencialismo, habían hecho perdurar a pesar de las dudas levantadas por los desastres de la Segunda Guerra Mundial. Aunque, por otro lado, la supervivencia y el resurgimiento de la teoría de la acción (Boudon, 1980; Coleman, 1986; Touraine, 1987; Münch, 1987 y 1988; Habermas, 1987; Alexander, 1988a; Luckmann, 1996; en cierto sentido, también Giddens, 1995) y el éxito creciente de la teoría de la elección racional (Abell, 1991) nos dice de la fortaleza de este paradigma derivado de la Ilustración y de su creencia en el hombre si no siempre racional, al menos hacedor de su destino.

Pero lo que más impera ahora en la teoría sociológica es la diversidad y, si bien ha habido variados e importantes intentos de síntesis (Habermas, 1987; Ritzer, 1988a: Apéndice; Alexander, 1988a; Bailey, 1994; Giddens, 1995; etc.), la tendencia a la diversidad y la ausencia de un centro y de una hegemonía intelectual clara han devenido sintomáticas.

A diferencia de lo que sucede a otras ciencias sociales, como la economía o incluso la ciencia política, para la sociología como profesión, poco o recientemente institucionalizada, la crisis cobra una dimensión particular, pues incide no sólo en la pérdida de certezas sino también en las cifras de matriculación de estudiantes y en el desdibujamiento de un perfil laboral que, con excepción de países como los Estados Unidos, nunca fue del todo firme. Sin embargo, esto no tiene que ver con falta de productividad en lo teórico. Para comprobarlo haremos un repaso de algunos desarrollos intelectuales de las últimas dos décadas, en cuatro apartados que versarán sobre el marxismo, la teoría de sistemas, la elección racional y la contrastación entre lo que se conoce como "corriente principal" ("mainstream theory") de la teoría sociológica anglosajona y algunos enfoques alternativos.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Al menos, y por el momento, en sociología, pues en física esta discusión sigue abierta, y dado el peso que ésta tiene en el concierto de las ciencias ello podría repercutir en el futuro en otras disciplinas.

<sup>9</sup> No pretendemos hacer una revisión de todas las tendencias y autores actualmente importantes. Tampoco nuestra bibliografía es exhaustiva. Para tener una visión amplia del desarrollo de la teoría sociológica en las últimas décadas, pueden consultarse diversas obras, in-

*La prueba del budín*

Marx y Engels, que en materia de epistemología eran admiradores del empirismo inglés, afirmaron alguna vez, hablando de la teoría, que “la prueba del budín consiste en comérselo”. Con esto querían decir que el destino final de lo que luego sería conocido como marxismo no radicaba en un valor intrínseco, sino en medirse con la historia y con la política, en ser puesta en actos observando sus resultados. Hoy día, hecha suficientemente la prueba, habría que agregar, remedando al filósofo con quien Marx siempre se sintió en deuda (Hegel), que una teoría que se confunde con la historia no puede ser sino negada por ésta. El fracaso del marxismo no tanto como teoría sino como lo que principalmente fue, un proyecto de emancipación humana (aunque cabe recordar que tanto para Marx como para Engels no había gran diferencia entre ambos aspectos), tiene paradójicamente raíces en su asombroso éxito.

Varias síntesis clásicas aspiraron a consumir un complejo de teoría, acción y organización social que llegara a permear una etapa de la humanidad e inclusive a constituirse en una suerte de fin de la historia. Pero ninguna llegó tan lejos en la aparente concreción de esta ilusión como el marxismo. Ello no podía menos que exhibir e incrementar las contradicciones del sistema marxista. Es difícil, para empezar, mantener la coherencia entre teoría y práctica. La práctica política, no menos que la investigación científica, pone en evidencia los vacíos de la teoría y la larga lista de problemas a los que quizá nunca será capaz de contestar. Tampoco es plausible mantener la pretensión científica de una teoría, desde que ésta es asumida como ideología oficial de un Estado y de un grupo dominante. Aun sin pasar por esta prueba de poder, el que una doctrina sea enarbolada por uno o más movimientos sociales —cosa que implica un perfil utópico—, tiende a convertirla en un sucedáneo de la religión más que en un conjunto de enunciados científicos.<sup>10</sup> La progresiva dogmatización y monolitización del marxismo como ideología de Estados, partidos o movimientos, no impedía del todo pero sí obstaculizaba o reformulaba bajo una dialéctica de ortodoxia *versus* herejía, lo que de otro modo hubiera sido el libre debate en torno a una tradición intelectual.

---

cuidadas algunas que citaremos aquí (Ritzer, 1988a y 1990; Alexander, 1988b; Giddens, Turner y otros, 1990; Turner, 1991; Lemert, 1993). Una recopilación en múltiples volúmenes, exhaustiva y actualizada, aunque de una extensión que dificulta su manejo, es la que se publica desde 1990 en Inglaterra y los Estados Unidos bajo el cuidado de John Urry: “Schools of thought in sociology. An Elgar Reference”, Aldershot, Inglaterra y Brookfield, Vermont, Edward Elgar. También es útil la constante puesta al día de la revista *Annual Review of Sociology*.

<sup>10</sup> Por supuesto, como ocurre hoy en día, se puede exaltar el horizonte utópico y relegar o sospechar del científico. Pero este no era evidentemente el punto de vista de Marx.

Ello también impedía un tratamiento desacralizado del pensamiento de los fundadores, necesario para mantenerlo dentro de una perspectiva de renovación y crítica. Por último, la mayoría de los seguidores del marxismo (muchos aun identificados como “críticos”), luego de 1917 nunca quisieron o pudieron lograr un claro deslinde con el totalitarismo, nacido del matrimonio del dogma y el poder. El marxismo, como sistema unificado de explicación, investigación y acción, no terminó en 1989 en Berlín, sino mucho antes.<sup>11</sup>

Sin embargo, el marxismo como paradigma no está acabado, en la medida en que, al menos mientras no suceda en el pensamiento sociológico una revolución copernicana (que quizás nunca suceda o ya aconteció), los autores que llamamos clásicos por haber formulado intuiciones básicas sobre la sociedad que consideramos vigentes como programas de investigación, siempre tendrán algo que decirnos. En esto, como se sabe, la sociología está más cerca de la filosofía y la literatura que de las ciencias básicas. Al igual que lo sucedido a otras corrientes que en algún momento y lugar gozaron de preeminencia indisputada, la muerte del marxismo como sistema histórico no sólo no termina con Marx y otros autores afines, sino que en cierto sentido los libera. Vale para ellos lo que apunta Alexander (1985:10) acerca de Parsons: “Una vez que [su hegemonía intelectual] fue destruida, parte de su sistema teórico podía ser mucho más fácilmente apropiado de forma creativa”.

En el marxismo, la hipótesis clave es la centralidad social de los mecanismos de explotación económica y su control de las formas de dominación política. Para darle seriedad, los autores que actualmente se basan en Marx —sin dejar de suponer, como es lógico, por el hecho mismo de su selección, que este autor encierra un valor superior a otros—, se conciben como parte de un panorama científico abierto al debate, y no como engranajes de un aparato confirmatorio de un dogma que exige la estigmatización de los contrarios como intrínsecamente dañinos a la humanidad. En ocasiones, dejan también de considerar a Marx y a su posteridad como un cánón inviolable y toman de esta obra sólo los elementos que juzgan útiles para su construcción intelectual.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> Todo esto no es para proponer una ética de la práctica científica despegada de compromisos, sino para ver en un ejemplo de gran escala lo que otras tendencias, antes y después del marxismo (hoy en día, por ejemplo, el análisis multicultural o el feminismo), deben enfrentar como contradicción insalvable: el estímulo que el contacto con los movimientos históricos da a la teoría, y también el enriquecimiento y el bloqueo de su desarrollo que puede producir reflexivamente. En este sentido es interesante el trabajo de Touraine (1978) que, sin evadir la conciencia de tal riesgo, trata de construir una metodología de intervención sociológica al servicio de los movimientos sociales.

<sup>12</sup> Esta tarea de recorte es lo que Marx llamaba “crítica”. La percepción acerca de qué es lo rescatable puede variar hasta el antagonismo según los investigadores y sus propósitos. Pero

Así, John Roemer (1989b) no piensa que sea necesario enfrascarse en la interminable guerrilla de citas expurgadas de las obras de Marx, sino que hace una elaboración propia con base en algunos de los conceptos más generales de este autor. Otros como Immanuel Wallerstein (1988) o Theda Skocpol (1984), ni siquiera se preocupan por la ritual confesión de fe marxista. Su deuda con esta tradición es clara, pero a la vez se enlazan con corrientes de pensamiento o hipótesis divergentes, fruto del intercambio y el revisionismo necesarios en toda innovación teórica. En Wallerstein es evidente la influencia del funcionalismo y la teoría de sistemas; Theda Skocpol, por su parte, ilustra con brillo una de las hipótesis de Marx, la de que el Estado asegura la extracción de excedente económico a costa de las clases dominadas, pero intensificando la idea muy poco marxista (y más propia de Tocqueville) de autonomía del Estado en relación con las clases sociales.

Roemer (1989a) construye su obra en torno a la categoría de explotación, elaborando una serie de distinciones acerca de las formas que la misma adquiere históricamente. Al igual que otros autores de inspiración marxista, como Jon Elster y Gerald Cohen, se apoya en la filosofía analítica y la ciencia social "positivista", aquélla que aspira no sólo a interpretar sino también a fundamentar empíricamente. Por ello apela a las matemáticas, la lógica, y los modelos, pero busca también afirmarse en el material histórico para escapar al abstraccionismo en que quedó entrampado el marxismo tradicional. Su apego crítico no le impide comprometerse, pues afirma la creencia de que alguna forma de socialismo es superior al capitalismo actual. Pero con ello no pretende sentar un argumento de legitimación *a priori* de sus ideas.

El trabajo de Roemer incidió en la reavivada polémica marxista acerca de las clases sociales. Wright (1985) elaboró una teoría de las clases, exclusivamente basada en el concepto de explotación, purgándola de toda intermediación del concepto de dominación. Las clases se definen por la intersección de tres formas de explotación centradas en la propiedad de los bienes de capital, el control de ventajas organizativas y la posesión de habilidades o credenciales técnicas y cognoscitivas. Según su ubicación de clase, los hombres son explotadores o explotados, aunque hay casos como el de la producción mercantil simple, en que no existen ni explotadores ni explotados. También hay "ubicaciones contradictorias de clase", en las que una per-

---

asumir concientemente una selección supone en todo caso reconocer que la obra de Marx, o de cualquier otro autor clásico, no es un todo homogéneamente valioso, actual o carente de contradicciones, sino simplemente algo sobre qué trabajar. Se podrá alegar que aun los marxistas convencionales recurrían, en los hechos, a una selección de temáticas; pero ello se hacía a menudo en forma acrítica, presentándose como el "verdadero", incomprendido o hasta entonces "desconocido" pensamiento de Marx.

sona puede ser a la vez explotadora y explotada (por ejemplo, el gerente no propietario de una empresa que controla ventajas organizativas: explota a los obreros y a la vez es explotado por la firma). La clase obrera no se define por el trabajo manual ni por el "trabajo productivo", al decir de N. Poulantzas, sino por ser el segmento muy vasto de la sociedad compuesto por los explotados netos.

Al igual que Roemer, por influencia del economista Piero Sraffa, Wright descarta el *sancta sanctorum* del legado marxista, la teoría del valor-trabajo. Para estos autores, la explotación del trabajo es condición suficiente pero no necesaria para la existencia de la explotación en general. Puede haber explotación como resultado del control de cantidades desiguales de bienes o de capacidades productivas, incluso si no hay mercado de trabajo ni crédito, si unos hombres tienen que trabajar más horas que otros para producir el equivalente de intercambio necesario a su subsistencia, suponiendo que en ausencia del primer grupo el segundo debiera trabajar más tiempo. Puede haber, además, explotación basada en relaciones que no son de propiedad, como la dominación patriarcal en la familia, la administración de bienes de salvación por organizaciones eclesiásticas o el control de la violencia militar por un grupo dado. Pero clases sociales son sólo aquellos grupos derivados de la explotación basada en la producción, mediante el control o la propiedad de las fuerzas productivas, o sea las variadas formas de insumos utilizados en la producción.

Desde una óptica metodológicamente distinta, la de la explicación funcional, Gerald Cohen (1986a) busca rescatar la esencia ortodoxa (en el sentido no peyorativo de la palabra) del marxismo de Marx, con la finalidad de realizar una puesta en claro que haga a la teoría más fácilmente confrontable con la prueba histórica y empírica. Es destacable su rigor expositivo.<sup>13</sup>

La obra principal de Cohen (1986a; aparecida en inglés en 1978) produjo en su momento una vuelta de tuerca. Por lo menos desde que Lukacs publicara *Historia y conciencia de clase*, y más aún con las publicaciones neomarxistas, principalmente francesas e italianas, de la segunda posguerra, muchos seguidores de Marx, dentro del llamado marxismo occidental, se habían esforzado por corregir y a veces negar la evidencia de que la síntesis contenida en el famoso prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, con todo su reduccionismo económico, no sólo es un reflejo

<sup>13</sup> Aunque Cohen (1986b), al igual que Wright *et al.* (1992), se distancia del individualismo metodológico de Roemer y Elster, recurre también a la filosofía analítica para apoyar su exposición.

fiel de la esencia del pensamiento del maestro sino que éste la redactó así para que a nadie le cupiera duda de ello. Contribuciones como las de Georgy Lukacs, Antonio Gramsci, o más recientemente la de la escuela de los historiadores marxistas ingleses, pueden ser muy valiosas por su intento de enmendar la simplicidad de la división entre infraestructura y superestructura. Pero, más allá de las contradicciones o ambigüedades que puedan detectarse en el pensamiento de Marx (Gouldner, 1983), son más discutibles cuando se pretenden presentar como auténtica interpretación de su pensamiento.<sup>14</sup> Cohen, siguiendo el "Prólogo" y otras obras de Marx, defiende la tesis de la primacía de las fuerzas productivas sobre las relaciones de producción, como explicativas de la naturaleza de la estructura económica en que están comprendidas. En consecuencia, y esto también es coincidente con escritos de Marx, la teoría de las clases y de la lucha de clases, sin dejar de ser importante, es secundaria, está sujeta a la primacía de las fuerzas productivas y no puede constituirse en el centro de la teoría marxista; porque las clases, la lucha de clases y el tipo de explotación, dependen de las fuerzas productivas y de la estructura económica. Con esto se pone en tela de juicio a gran parte del marxismo del siglo XX, basado en la reivindicación del voluntarismo político y el papel central de las clases. Pero, a la vez, se está exponiendo el talón de Aquiles del marxismo en general, que debe pasar por la prueba empírica de la hipótesis de la primacía de las fuerzas productivas en la explicación de la evolución histórica.

Elster (1985) trata, en cambio, de demostrar que el punto de vista epistemológico de Marx distaba de ser unificado y coherente, y que por el contrario era —diríamos en lenguaje contemporáneo— multiparadigmático.<sup>15</sup> Marx usó, dentro de su obra, explicaciones individualistas metodológicas tanto como funcionales o estructurales. A partir de ello, Elster se esfuerza por reconstruir el pensamiento de Marx en la única dimensión de explicación del comportamiento humano que considera válida, la del individualismo metodológico y la elección racional. Reconoce que Marx, como todos los clásicos, no puede ser rescatado en su totalidad. Es difícil creer en cosas fundamentales de su pensamiento, como la teoría del valor-trabajo, el socialismo científico o la caída de la tasa de ganancias. Pero para Elster se puede ser marxista en otros sentidos: en materia metodológica, en teorías sustantivas y,

<sup>14</sup> En el caso de Gramsci, parte de la crítica italiana actual se inclina por la hipótesis de que en los *Cuadernos de la cárcel* éste ya había ido más allá del marxismo (cosa que los estalinistas siempre sospecharon).

<sup>15</sup> Ya diez años antes Ritzer (1975) había calificado a Marx como "puente entre paradigmas", resistiéndose a encasillarlo, al igual que a Weber, en la entonces de moda "teoría del conflicto".

sobre todo, en valores. La crítica de la explotación y de la alienación sigue en pie.

La influencia de Parsons —otrora el gran Satán de los sociólogos marxistas— es patente a su vez en la síntesis de Habermas (1987), que culmina una serie de investigaciones emprendidas en un periodo anterior al que trata este artículo. En esta obra parece a menudo, incluso, que la influencia del sociólogo estadounidense fuera mayor que la de Marx. Habermas toma de Parsons, y más remotamente de las lecciones de Hegel en Jena, la idea de la diferenciación de la vida social en distintas formas de acción u órdenes, según la terminología de Max Weber, que fue quien, junto con Durkheim, inspiró en esto a Parsons. Pero en vez de aceptar la tesis funcionalista de la integración de los subsistemas, Habermas señala la contradicción entre sistemas de acción instrumental (principalmente economía y política) y mundo de vida basado en la vivencia y la experiencia cotidianas (un concepto tomado de la fenomenología), con el riesgo de que los primeros colonicen al segundo. Aunque no nos quede claro, como sugiere Bernstein (1982:276), que la interpretación que Habermas hace de Marx sea más acertada que la que éste hace de sí mismo, no hay duda de que el esquema multidimensional produce una explicación no reductiva de la sociedad, alternativa no sólo a las simplificaciones de Marx, sino también a las de algunos de sus seguidores más sofisticados, como los althusserianos franceses de los años sesenta y setenta.

El marxismo estructuralista francés, que en América Latina llegó a ser sofocantemente hegemónico, cayó presa de sus aporías tanto como del peso de la herencia política comunista y estalinista de la que sólo tardíamente empezó a distanciarse. Pero fue víctima también de la mutación de la filosofía francesa de esos mismos años (Descombes, 1988) con el lanzamiento de autores como Foucault, Derrida, Lyotard o, más tardíamente, Baudrillard. Sin embargo, una versión más elaborada, aunque en definitiva también reduccionista de la idea de la implicación de unas estructuras sociales en otras hasta llegar a la determinación, en última instancia, del *habitus* por las condiciones económicas y de clase, se encuentra en la obra de quien, pese a sus reclamos en contra, es quizá, como argumenta convincentemente Alexander (1995), el último y más exitoso marxista estructuralista: Pierre Bourdieu (1980 y 1988).<sup>16</sup>

Vemos así cómo, despojado de sus pretensiones totalitarias, el marxismo sobrevive en autores que gozan de respeto en un concierto científico

<sup>16</sup> Si esto fuera cierto, la negativa de Bourdieu a aceptar su raigambre marxista nos enfrentaría a otro fenómeno curioso, lo que metafísicamente podríamos llamar "ocultamiento" del marxismo.

donde ni él ni ninguna otra corriente es ya dominante. Pero el pluralismo se exacerba también en su interior, porque ¿qué tienen que ver entre sí Habermas, Elster o Cohen? Una sociología del marxismo actual nos mostraría también su desarticulación creciente de un progresismo político y académico al que, sin embargo, marcó mucho, quizá por haberle facilitado la adopción de lo que Raymond Aron calificaría como una sociología de la sospecha y de la denuncia.<sup>17</sup> Un ejemplo de sincretismo progresista de elementos contradictorios es el culto simultáneo a Marx y a Michel Foucault, siendo este último, con su nihilismo y su rechazo a definir una salida de la situación presente, la negación del mensaje del primero.

#### *El retorno de los sistemas*

La teoría de sistemas, un paradigma con ambición de totalidad que nació fuera del contexto de las ciencias sociales y busca ser una explicación de múltiples fenómenos, tuvo sus días de gloria en la sociología y la ciencia política de los años cincuenta y sesenta gracias a la labor de Talcott Parsons, David Easton y otros. Sin embargo, desde mediados de los años sesenta, otras perspectivas, inspiradas por el individualismo metodológico y el estudio microsociológico de la acción y el conflicto, imprimieron un giro radical, mientras las investigaciones sistémicas quedaban estancadas y eran estigmatizadas por conservadoras.

Esto último se fundaba en el tono conformista que había adquirido, después de la Segunda Guerra Mundial, el discurso de Parsons y otros funcionalistas, no menos que en la aparente dificultad de la teoría de sistemas para explicar el conflicto y el cambio sociales.<sup>18</sup> También se le criticaba por su excesiva abstracción, que lo incapacitaba para poner el acento del análisis sociológico en el conocimiento empírico de personas reales con intereses reales. En cuanto a la explicación funcional, que aparecía estrechamente ligada a lo sistémico, los críticos discutían la noción de interdependencia (vulgarizada en el sarcasmo de que “todo determina todo”), y apuntaban que las “necesidades del sistema” sólo expresaban, en el fondo, las preferencias e inclinaciones ideológicas de los teóricos.

La teoría de sistemas, sin embargo, siguió teniendo notables desarrollos, ignorados por la mayor parte de los científicos sociales, en el marco de la cibernética, la física, la matemática, la biología o la lógica. Esto, unido a la

<sup>17</sup> Aunque esto no niega que la sociología radical haya aportado importantes conocimientos sustantivos (Flacks y Turkel, 1978).

<sup>18</sup> El mismo von Bertalanffy (1976 [1968]:205-206), interesado en forjar una teoría general de sistemas que gozara de amplia aceptación, avaló estas críticas a Parsons.

creciente esterilidad y crisis de los paradigmas sociológicos aceptados, a medida que progresaban los años setenta, abrió la posibilidad de cierta recuperación del enfoque sistémico en ciencias sociales.

En los años ochenta se suscitó también el llamado "Parsons revival" en los Estados Unidos y, sobre todo, en Alemania. Pero no todos los que rescataban a Parsons eran partidarios de la teoría de sistemas, aunque hicieran un uso secundario de la misma (verbigracia, Habermas); y por otro lado, el nuevo enfoque sistémico no era necesariamente funcionalista. Con frecuencia hacía suya la crítica de partes de la obra de Parsons que habrían condenado por años el desarrollo de la teoría de sistemas en sociología. Autores como Niklas Luhmann, Jeffrey Alexander o Richard Münch reconocen a Parsons y se les suele membretar como "neofuncionalistas", pero otros vuelven a la teoría de sistemas deslindándose del funcionalismo.<sup>19</sup>

Para Bailey (1994), es posible lograr una "síntesis dual" de la teoría de sistemas con la corriente principal de la teoría sociológica anglosajona (Alexander, Collins, Giddens), evitando una mutua exclusión de enfoques como la que se dio en la polémica en torno al funcionalismo en los años setenta. La perspectiva de Bailey y otros es lo suficientemente abierta como para poder incluir temas muy diversos. Recurre al análisis filosófico y a una mezcla de enunciados de base empírica con otros no empíricos. De la teoría de sistemas adopta conceptos como los de isomorfismo, jerarquía, cibernética, procesamiento de energía e información, entropía y análisis de límites ("boundary analysis"). De la corriente principal de la teoría sociológica asume a su vez los conceptos de acción, orden, agencia, estructura, conflicto, cultura, normas, valores, ideología y análisis micro-macro. La definición utilizada de sistemas sociales es la de algo que se reproduce a sí mismo, dando lugar a prácticas sociales regulares.

Esta teoría renovada no sólo busca la integración con otras teorías, sino también amplio alcance explicativo, rigor técnico, teórico y metodológico, y apoyo metodológico y epistemológico en el uso de la metateoría, la verificación y la ciencia positiva. Para diferenciarse del funcionalismo, busca despren-

<sup>19</sup> Utilizar un encuadre sistémico no es lo mismo que ser funcionalista. El funcionalismo no consiste simplemente en decir que existe interdependencia entre las partes de un sistema, sino en explicar los fenómenos sociales, como hicieron Parsons y otros, en los términos de las necesidades y requisitos de un sistema (Turner y Maryanski, 1988). En este sentido, muchos neofuncionalistas no son, paradójicamente, funcionalistas. En cambio, no menos irónicamente, muchos marxistas, teóricas feministas o seguidores de Foucault, son inconscientemente funcionalistas cuando alegan que tal o cual resultado social se debe a una necesidad del sistema capitalista, del patriarcado o del orden social.

derse de la teleología, la tautología y el concepto de equilibrio —obstáculo a la explicación del cambio y el conflicto—, así como del de sincronía, que dificulta la integración de la dimensión del tiempo. Trata de evitar el exceso de abstracción volviéndose falseable por medio de la concreción y la inclinación empírica y la formulación de una sociocibernética orientada al actor, cuya falta también se le reprochara a Parsons.

En compensación se rescatan dos conceptos funcionalistas, los de autorregulación y autorreproducción (o autopoiesis) de los sistemas. También se mantiene la intuición básica de los enfoques sistémicos y estructuralistas, que los opone al individualismo metodológico, de que el todo es más (o quizá también *menos*, como sugiere Bailey) que la suma de las partes, lo que supone que hay propiedades emergentes (¿o faltantes?) del conjunto.

Por otra parte, está el análisis de la entropía y, por tanto, también de la neguentropía (organización) y la diacronía (tiempo). Este fue otro de los puntos de choque con el funcionalismo. Sociólogos clásicos como Pareto o Parsons tomaron de la física el concepto de equilibrio para aplicarlo al análisis de la sociedad como sinónimo de integración o armonía. Pero en física, equilibrio no tiene necesariamente que ver con integración o armonía sino con entropía o degradación de la energía. De acuerdo con la segunda ley de la termodinámica, un máximo de entropía equivale a la muerte o la desorganización de un sistema. Pero Ilya Prigogine descubrió que en los sistemas abiertos el nivel de entropía tiende a bajar, por el fenómeno inverso de la neguentropía, mientras mejora el de organización. Un sistema es tal cuando mantiene la entropía por debajo del máximo, operando en el espacio-tiempo para realizar intercambios de materia o de información con el ambiente.

Podemos así hacer una diferenciación (Buckley, 1970) según la cual los sistemas físicos son equilibrados porque tienen una organización mínima, los sistemas orgánicos son homeostáticos y, los otros, los más organizados (filogenéticos, psicológico superiores y socioculturales), crean, elaboran o modifican su estructura para mantenerse activos. Esto último nos lleva al concepto de autorganización o autorreferencia. El equilibrio, por tanto, a diferencia de la homeóstasis, no puede asociarse a armonía o desarrollo estable y previsible de la sociedad. El equilibrio corresponde a sistemas cerrados y la homeóstasis a los abiertos; el primero es una constante y la segunda, un rango de oscilación que implica una situación dinámica. Por eso la homeóstasis es más adecuada para el análisis sociológico, aunque el uso de la idea de equilibrio no se descarta tampoco del todo.

El nuevo paradigma de sistemas sociales, crítico del hecho de que el concepto de equilibrio nunca fuera operacionalizado en sociología, asume

el compromiso de aterrizar sus propias elaboraciones. Un ejemplo es la teoría de la entropía social de Bailey (1994), para quien lo que guía al sistema es la acción intencional. No hay en la sociedad, estrictamente, equilibrio, sino actores humanos que fijan metas sistémicas y trabajan para mantenerlas a través del tiempo. Proceso y estructura importan por igual, no hay verdadera oposición entre lo concreto y lo abstracto, y el sistema es controlado por los hombres. Esto converge en autores como Giddens o Alexander, que ven la realidad social como procesos diacrónicos de interrelación individuos-estructuras y al sistema social no como ente metafísico sino como acciones pasadas sedimentadas en instituciones.

Hay otras aplicaciones de enfoques sistémicos a las ciencias sociales (Bailey, 1994; Vergara Anderson, 1994), pero destaca especialmente la teoría de Niklas Luhmann basada en las nociones de autopoiesis y complejidad (Luhmann, 1991 y 1996; Luhmann y De Georgi, 1993; Bailey, 1994). Aunque difiere radicalmente del posmodernismo, podemos distinguir algunos elementos en común, sobre todo en el constructivismo epistemológico. El sistema y su entorno sólo existen en función de la observación del observador y no por sí mismos. Por tanto, no existe diferencia entre sistemas analíticos y concretos. Los sistemas sociales (al igual que los biológicos y los psicológicos), son simultáneamente abiertos y operativamente cerrados, es decir, que sin perjuicio de tener relaciones con el exterior mediante acoplamientos estructurales, se determinan autónomamente por sus operaciones internas que los reproducen de acuerdo con su propia estructura. En este sentido son autorreferentes (autorganizados) y autopoieticos (capaces de asegurar su autorreproducción). Sólo pueden cambiar si cambia su estructura, ya sea transformándose o, en el límite, desintegrándose, y no por influencia externa. Los sistemas sociales son, así mismo, complejos, porque se descomponen en múltiples elementos y procesos que no pueden estar permanentemente integrados.

Las estructuras en este esquema no son invariables, sino mecanismos de enlace entre componentes y operaciones. La operación distintiva de los sistemas sociales es la comunicación definida como procesamiento de información. Sus elementos son eventos que se reproducen en sucesión permanente, recursivamente. Para reproducirse deben desaparecer y reaparecer en forma cambiada. Si no, se produciría una complejidad inmanejable. Lo que se conserva es la estructura como mecanismo de enlace, pero ésta no se concibe como un objeto, un sistema de normas o una constante, pues puede ser contingente y cambiar.

Lo que constituye y reproduce a la sociedad es la operación de la comunicación, por medio de acontecimientos volátiles enlazados por estructuras. Por eso el sistema es básicamente inestable y se procesa en el tiempo. No hay

equilibrio y sí en cambio diacronía y cambio constante. Estamos aquí muy lejos de Parsons. Además, Luhmann (1996) se declara cada vez menos interesado por el funcionalismo como tal, y su visión es plural y no centralizada: mientras Parsons escribió un libro que se llama *El sistema social*, Luhmann publicó otro titulado *Sistemas sociales*. Hay una sola sociedad humana en todo el planeta, como unidad mayor de comunicación. Pero sistemas sociales los hay al menos de tres tipos, de acuerdo con distintas operaciones de comunicación: además de la sociedad en general, las organizaciones y los sistemas de interacción cara a cara.

La teoría de la autopoiesis social no es bióloga, aunque de la biología venga en principio el concepto, porque no trabaja con la idea de componentes materiales, sino de eventos comunicativos. No excluye la posibilidad del equilibrio, pero tampoco pone énfasis en él. En cuanto a la homeóstasis, es compatible con la idea de autopoiesis, pues los cambios estructurales en los estados internos determinados por la autopoiesis también mantienen niveles homeostáticos y neguentrópicos.

### *La tentación de Occidente*

La Ilustración recibió de la tradición cristiana, aunque privándola progresivamente del apoyo de la religión, la concepción del hombre como ser consciente, capaz de tomar decisiones racionales. Ello encarnó particularmente en la filosofía inglesa, en la naciente ciencia económica y en la escuela utilitaria. Thomas Hobbes, que precedió en un siglo al despegue del pensamiento económico, adoptó una filosofía individualista en que prevalece una consideración de tipo costo/beneficio al explicar la acción de los individuos que concurren a fundar el Estado.<sup>20</sup> Pero fuera de la economía, y particularmente de la economía neoclásica, luego del eclipse de Spencer, el enfoque racional-utilitario no había tenido mucha presencia en las ciencias sociales del siglo XX, hasta que en los años sesenta, como parte de la reacción contra Parsons, fue reintroducido por George Homans (Collins, 1996)<sup>21</sup>. Desde entonces, su presencia se ha profundizado, especialmente en la ciencia política.

<sup>20</sup> De hecho, su análisis del poder es similar a la descripción de un proceso de competencia y acumulación, como queda claro en Macpherson (1984). Sin embargo, los críticos del individualismo metodológico verán en la emergencia del Estado, según el mismo Hobbes, un reconocimiento de que la acción individual no puede sostener la socialización sin el auxilio de estructuras.

<sup>21</sup> Aunque Homans (1987) se basa en un modelo conductista más amplio que el de la elección racional, puesto que se interesa por el origen de los valores o preferencias, toma en cuenta la información histórica e investiga el comportamiento emocional.

Para los críticos (más o menos refinados o vulgares<sup>22</sup>), el utilitarismo es una ideología europea adaptada a la economía capitalista de libre mercado, basada en acciones egoístas, lo que acarrea una doble objeción: la primera es moral, por suponer que el hombre es un ser esencialmente egoísta, y la segunda, antropológica y epistemológica, pues al diseñarse un modelo de comportamiento supuestamente universal con base en una realidad histórica y cultural específica, se pretende ver a todos los hombres según el prisma de un determinado periodo de la civilización occidental. A esto se oponen el análisis multicultural y, más genéricamente, toda observación social basada en la idea de irracionalidad, identidad o diversidad. Sin embargo, el problema encierra otro no tan fácil de resolver. Si queremos contar con una ciencia social solvente, es difícil prescindir de una imagen básica del hombre, y de la mujer, que contenga algunos rasgos homogéneos:<sup>23</sup> es esto finalmente lo que busca el racionalismo. Ya veremos que otras corrientes, como el feminismo, enfrentan un dilema similar.

El concepto de racionalidad en economía viene de los años treinta, pero descende de la revolución marginalista de 1870 en adelante (Blaug, 1992). Su base la conforman el individualismo metodológico, que explica los fenómenos colectivos por la agregación de conductas individuales, y la acción intencional, que supone que todo comportamiento económico deriva de individuos que buscan maximizar su utilidad, sujeta a restricciones de tecnología y presupuesto. Es distinto al postulado del sentido común, y también de la sociología, para el cual la racionalidad (instrumental) es simplemente ajustar consistentemente medios a fines.

Cuando el partidario de este esquema de explicación enfrenta objeciones, acepta que los individuos no siempre atienden a la búsqueda consistente y sistemática de beneficios individuales, pero sostiene que, al menos, son guiados por un sistema de preferencias personales claramente establecidas que les sirven para tomar decisiones. Para el economista es racional elegir de acuerdo con un orden de preferencias completo y transitivo, sujeto a información perfecta y adquirida sin costos, sobre futuros resultados estocásticamente

<sup>22</sup> Entre los últimos se cuentan quienes rechazan el enfoque de la elección racional por creerlo responsable de las políticas económicas en curso. ¿Habría que culpar de lo mismo a los marxistas partidarios del paradigma, como Elster y Roemer? Por lo demás, Elster (1986) opina que la teoría neoclásica se aleja del enfoque de la elección racional en aspectos como la explicación del comportamiento de la firma, al violar los postulados de individualismo metodológico e intencionalidad.

<sup>23</sup> O como afirma Turner (1991:585) desde su óptica positivista: "cuando los humanos interactúan y organizan, ciertos procesos parecen suceder siempre, independientemente del tiempo, el espacio y el contexto".

interpretados (Blaug, 1992). Lo último implica que, en caso de incertidumbre, la racionalidad radicarán en maximizar la utilidad esperada, o sea la utilidad de un resultado multiplicada por la probabilidad de su ocurrencia. Esto supone incluir el conocimiento de las restricciones institucionales (Friedman y Hechter, 1988) y, en un contexto no paramétrico (Elster, 1989), también las intenciones de otros actores que comparten, o no, la información del decisor. Ya no hablaremos entonces de un actor solitario, sino de la estructura de las interdependencias de los actores (interacciones) que obligan a la visión estratégica estudiada por la teoría de juegos.

Se ha señalado que la teoría de la elección racional, basada en la maximización de utilidad, al asumir que la acción se deriva de los deseos, es en el fondo psicología popular ó sentido común formalizado (Rosenberg, 1995). El conductismo de esta filosofía es manifiesto en la premisa igualmente importante de que si alguien realiza una acción dada y obtiene de ella beneficios morales o materiales (utilidades) tenderá a repetirla, mientras que la suprimirá si el resultado es negativo.

Ello implica el concepto de utilidad cardinal, para poder saber qué cantidad de un bien sobre otro prefiere una persona, lo que daría una medida y una operacionalización de la utilidad. Pero para eso las escalas personales de preferencias deberían ser comparables de persona a persona, es decir, tener existencia interpersonal, requisito del postulado de que la acción humana reposa sobre una racionalidad unificada y universal. Con ello se mediría la intensidad de las preferencias.

Como esta noción de la utilidad marginal o cardinal, formulada por Alfred Marshall, resulta empíricamente inmanejable, surgió la teoría de la indiferencia, o de la utilidad ordinal. La utilidad de los bienes económicos no se mediría en sí misma sino en relación con otros bienes, postulándose que (Rosenberg, 1995:78, con alguna modificación nuestra): 1) un agente económico prefiere de cada combinación de pares de bienes una a la otra, o le son indiferentes (principio de comparabilidad); 2) de tres combinaciones de bienes, "a", "b" y "c", si el agente prefiere "a" a "b" y "b" a "c", entonces debe preferir "a" a "c" (principio de transitividad); 3) un agente racional prefiere, entre las combinaciones disponibles, aquella que maximiza su preferencia; 4) los agentes económicos son racionales en la medida en que actúan en la secuencia 1 a 3. Pero en este caso no conocemos la intensidad de las preferencias de la persona en cuestión (sólo sabemos que prefiere, por ejemplo, "a" a "b") y, por tanto, tampoco podemos establecer una comparación con otras personas. El concepto de indiferencia entre canastas de dos bienes que están muy cerca infinitesimalmente es tan introspectivo e inobservable como las comparaciones cardinales de utilidades marginales. Y cuando se presen-

tan inconsistencias en la conducta de las personas, nos encontramos ante el problema de explicar la irracionalidad.<sup>24</sup> Por todo esto, y luego de muchos avatares (Stigler, 1968), en teoría económica se ha cuestionado el provecho del concepto de utilidad.

Paul Samuelson formuló, y reformuló a partir de 1938, la teoría de las preferencias reveladas, una especie de *deus ex machina* para escapar de estos atolladeros (Blaug, 1992). Buscaba librar la teoría del comportamiento del consumidor de los últimos vestigios de utilidad, restringiéndolos a comparaciones operativas entre sumas de valor. Supone que, en determinadas condiciones, el consumidor preferirá dentro de un conjunto definido de bienes, más cantidad de uno si su precio baja, y viceversa. Esto incluye las implicaciones observables de la teoría de la indiferencia e infiere las preferencias del consumidor a partir de su comportamiento concreto. Pero la teoría de la preferencia revelada resulta lógicamente equivalente a la de utilidad: supone preferir más a menos, comportarse con consistencia y transitividad. Escapa al problema de la mensurabilidad y no resuelve el de la observabilidad si no es por una racionalización *ex post*. Al igual que el análisis de indiferencia, no agrega nada a la teoría del comportamiento del consumidor de Marshall, y por eso veremos a los economistas oscilando periódicamente entre una u otra de estas posibilidades.

Una característica adicional de este modelo de racionalidad, que reposa en la subjetividad, es lo difícil que resulta determinar porqué las personas tienen las preferencias que tienen. La mayoría de los economistas suponen que esto es indefinible, lo que pone un elemento de arbitrariedad o irracionalidad en una postura que busca ser racionalista. Además, da lugar a argumentaciones oportunistas, pues si percibimos contradicciones en elecciones sucesivas de un actor, de acuerdo con la teoría de la preferencia revelada, podríamos suponer que en realidad no hubo inconsistencia sino, por ejemplo, un cambio de gustos del consumidor. Stigler y Becker (1977) y Becker (1976) han querido resolver estos inconvenientes iluminando el arcano de las preferencias mediante una reformulación de la teoría del consumo como teoría de la producción. Las preferencias de los hombres serían pocas y universales en el tiempo y en el espacio, y la miríada de lo que normalmente entendemos por preferencias serían, en realidad, mediaciones productivas para satisfacer a

<sup>24</sup> Ello no es tan difícil para Elster (1989) porque, de hecho, recurre a una metodología weberiana para abordar la acción racional como un tipo ideal, algo que puede no existir estrictamente en la realidad y ni siquiera ser una conducta estadísticamente predominante, y que es sólo un patrón de comparación, con cierta base empírica, para conductas concretas que pueden ser tan variadas como divergentes. Desde este punto de vista, la irracionalidad no es una anomalía, sino uno de tantos comportamientos habituales.

las primeras (el que gusta de la música, por ejemplo, está generando o incrementando un capital de disfrute, lo mismo que podría hacer con otra actividad). Aquí tenemos una tozuda reafirmación de que el modelo básico del comportamiento humano es uno solo, pero la solución no es menos esotérica, pues ahora debemos interpretar cuál es la preferencia fija que el individuo está realizando según sus cambiantes inclinaciones personales o su contexto cultural.

Conforme a la ortodoxia,<sup>25</sup> Becker (1987) se aplica a demostrar que las conductas sociales no económicas también pueden ser analizadas en términos de decisiones individuales de inversión, expectativas de retornos y costos de oportunidad. Pero la ubicación del enfoque de la elección racional dentro del ámbito sociológico se da sobre todo por medio de la teoría del intercambio social (Bredemeier, 1988), que también se basa en las características psicológicas del actor, pero que en respuesta a las críticas acepta considerar el peso de los valores y de las instituciones y, por tanto, de la socialización.<sup>26</sup>

Los partidarios del enfoque del intercambio también se defienden tratando de ir más allá del racionalismo (Macy y Flache, 1995). Los esfuerzos por extender los modelos microeconómicos a la explicación de los intercambios extraeconómicos pueden beneficiarse con la especificación de las restricciones sociales que pesan sobre la elección individual. Una forma de hacerlo es ubicando al actor en una red cambiante de vínculos sociales que limitan las oportunidades de intercambio y pueden producir resultados no esperados. Así, se incluyen dos observaciones clave de la sociología —el peso de las estructuras y las consecuencias no esperadas de la acción—, buscando un camino intermedio entre la latitud microeconómica y la macrosociología convencional, que ve a los individuos como meros ocupantes de posiciones sociales o actuando en respuesta a necesidades del sistema.

En un acercamiento similar, Hechter y Kanzawa (1997) afirman que el enfoque de la acción racional sería una teoría de análisis de diferentes nive-

<sup>25</sup> Cabe aclarar que sólo presentamos la versión más simplificada de la elección racional. Hay otras exposiciones más críticas y sensibles en torno al problema de las preferencias y la racionalidad en la toma de decisiones, como las de Herbert Simon, Amartya Sen o Amos Tversky y Daniel Kahneman. Los dos últimos coinciden incluso con observaciones de la fenomenología y la etnometodología. Véanse las antologías de Moser (1990) y Elster (1986).

<sup>26</sup> Bredemeier señala agudamente que tal reformulación de la teoría del intercambio social en un contexto de valores e instituciones la acerca al esquema de la acción de Parsons, pese a que la primera se presenta, al menos en la elaboración de Homans, como antítesis de la segunda. Alexander (1987) opina algo parecido en su crítica de los enfoques individualistas de la posguerra.

les (o *multi-level theory*, de acuerdo con Di Prete y Forristal, 1994; y Blalock, 1984), que contemplaría la acción individual tanto en situaciones particulares como en el contexto social. Si considerara sólo las situaciones particulares sería una teoría de la decisión, pero no de la acción racional, porque sólo ésta implica múltiples niveles de análisis que incorporan lo mismo los valores del individuo que los elementos estructurales. Pero, por razones metodológicas, las explicaciones empíricas ponen énfasis en los determinantes estructurales, aproximándose a las teorías macrosociológicas como el funcionalismo estructural. La dificultad de captar los valores individuales hace, por otra parte, que la acción racional se conciba sobre un modelo simplificado de conducta humana, por lo general el de la utilidad subjetiva esperada. Pero no hay acuerdo sobre el modelo más adecuado y, por eso, en realidad, la elección racional no es una teoría, sino una familia de teorías.

Un intento más ambicioso, acompañado de una elaboración matemática, es el de Coleman (1990), para quien la contradicción de la ciencia social es que trata siempre de explicar alguna forma de sistema social pero con unidades observables (que son los individuos y sus acciones), lo que pesa particularmente en la investigación cuantitativa. Sin embargo, en un examen interno del sistema social, los individuos son elementos socializados y, por tanto, no se puede plantear, en tal nivel, tensión entre ellos y la sociedad. Así, el fenómeno del *free rider* no es cuestión de psicología individual sino de estructura social de incentivos.<sup>27</sup> El nivel macro es la estructura institucional, el micro es el comportamiento de los actores dentro de esa estructura. El individualismo metodológico es entendido por Coleman en un sentido particular: el comportamiento sistémico no es explicado por la agregación de conductas individuales, sino por la interacción de la que surgen tanto orientaciones individuales como fenómenos emergentes a nivel sistémico, como en la sociología de Durkheim. Los conceptos de minimización y maximización sólo se toman por su poder predictivo y su simplicidad. No hay un óptimo en el ámbito social, sino diversas estructuras de acción que determinarían distintos óptimos sociales.

Pero lo diferente de la elección racional respecto de otras teorías sociológicas es justamente la optimización (Coleman y Fararo, 1992), la cual implica que si los costos y beneficios están especificados, el actor elegirá la acción con el mejor resultado, maximizando diferencias entre beneficios y costos.

<sup>27</sup> También para Abell (1991:XI) los motivos pueden ser exógenos al individuo, resultando de la interacción racional. Los motivos son consecuencias, intencionales o no, de patrones complejos de interacción previos; son localmente racionales aunque quizá no lo sean en lo global, lo que acarrea las consecuencias inesperadas.

Toda acción individual es optimizadora, pero lo que esta teoría explica es cómo al combinarse con la acción de otros individuos puede dar resultados esperados o no por los actores, socialmente óptimos o no. Para que el enfoque de la elección racional ingrese a la sociología debe, en consecuencia, como cualquier teoría sociológica: 1) explicar el comportamiento de los sistemas sociales y no de los individuos; 2) explicarlo en términos de los comportamientos de los actores en los sistemas, *a*) aclarando la transición entre el nivel sistémico y el de los individuos (problema micro-macro) y *b*) proveyendo una teoría psicológica de los impulsos de la acción individual.

Sin estos tres requisitos ( $1 + 2a + 2b$ ) no habrá, según Coleman, teoría social satisfactoria, sino funcionalismo a la Parsons o psicologismo a lo Homans.

También Hechter (1987), insatisfecho con las teorías estructurales, se basa en el análisis de la acción racional. Aunque afirme, contradiciendo a la crítica moralista, que no hay nada en este enfoque que excluya que el individuo pueda tener fines altruistas o prosociales<sup>28</sup>, justamente porque no se dice mucho sobre el origen y las razones de las preferencias individuales (es una teoría de la elección racional y no del egoísmo racional), Hechter pone especial atención en los controles sociales formales. Esto porque las teorías de la elección racional no pueden reposar en motivaciones extrarracionales para explicar resultados sociales armoniosos, como la cooperación y la solidaridad, y porque el verdadero desafío consiste en explicar el orden social de cara al egoísmo y no al altruismo, que lo explicaría por sí mismo. Por lo demás, el hecho de la abundancia de controles formales que la sociedad se ha dado a través de la historia, nos da la pauta de la fuerza del egoísmo o la no cooperación, y de que en gran medida la socialización reposa en dichos controles.

Distintos teóricos explican la cooperación por razones biológicas o históricas (experiencias repetidas que llevan al aprendizaje). Para Hechter, ésta depende de que hay bienes que no se pueden producir sino colectivamente, al menos por el concurso de dos personas. Sin embargo, puede ser muy racional tratar de disfrutar de estos bienes sin cooperar para su producción. El grado de cumplimiento del deber de solidaridad dependerá del balance entre la dependencia del individuo respecto del grupo, es decir, que no pueda obtener el bien por sí mismo o cambiándose a otro grupo más permisivo, y de los controles formales que establezca el grupo para que todos cumplan. Hay

<sup>28</sup> Por otra parte, como señalan Friedman y Hechter (1988), no siempre es dado distinguir al altruista del egoísta. Se puede reivindicar la justicia social por convicción, pero también con la esperanza de asegurar una cuota en el reparto de bienes.

presiones sociales en favor del cumplimiento, pero éstas dependen del tipo de grupo. En los grupos pequeños, que históricamente empiezan por ser comunidades familiares, el control es asegurado por el conocimiento estrecho de los participantes y la observación cotidiana recíproca. Pero hay bienes que sólo pueden ser producidos en grupos más grandes, donde los controles formales funcionan con más dificultad. Sin embargo, la experiencia importada de grupos más pequeños, menos evolucionados, creará consenso en torno a la necesidad y la legitimidad de nuevos tipos de control, adecuados a la escala del grupo.

En conjunto, la teoría de la acción racional no es quizás el gran paradigma unificador de las ciencias sociales con que sueñan sus seguidores, pero tampoco puede reducirse a la demonología crítica de Occidente y el sistema capitalista. Hay en su encuadre interpretativo hallazgos importantes como el estudio de juegos y coaliciones, el fenómeno del *free-rider* o el entrelazamiento de intereses individuales y colectivos en las organizaciones. No puede creerse que toda la vida social sea traducible a los términos del cálculo y la transacción pero, como han señalado sociólogos y politólogos, tal perspectiva es recuperable en un marco teórico más amplio (Münch, 1992; Miller, 1997).

### *Universo en expansión*

Entre los años sesenta y setenta la teoría sociológica estadounidense viró hacia el individualismo metodológico, en sus variantes del intercambio social, la fenomenología o la etnometodología. Hubo nuevos postulados de la teoría de la acción, como los de Alain Touraine (1987) en Francia, de inspiración existencialista,<sup>29</sup> contándose además las últimas contribuciones de Parsons (1978)<sup>30</sup>. Los años ochenta fueron, en cambio, la búsqueda de una

<sup>29</sup> Lo principal de la obra teórica de Touraine es un poco anterior al periodo que estudiamos y, aunque con una terminología propia, coincide con temas y razonamientos de la corriente principal: cuestionamiento de la distinción objetivo-subjetivo, predominio del enfoque de la acción sobre el sistémico, uso simultáneo, en un marco renovado, de conceptos supuestamente incompatibles, como estructura y cambio, o actor y sistema. El actor es portador de relaciones sociales y agente de cambio por medio de relaciones con otros actores, de donde surgen movimientos en los que radica el dinamismo social. La influencia existencialista (expresamente aceptada por Touraine) se ve en su concepción del actor, en la idea de una sociología comprometida con los movimientos sociales y en el concepto de historicidad (capacidad de la sociedad de determinarse a sí misma) inspirado por Sartre y similar a la noción de autorreferencia que usan otros sociólogos.

<sup>30</sup> A pesar de una atmósfera crecientemente hostil, Parsons siguió entregando artículos y libros a la prensa hasta poco antes de morir, descendiendo de tanto en tanto al llano para

nueva síntesis teórica, patente en los debates sobre el vínculo “micro-macro” —o sea la relación entre los microcomportamientos y los grandes fenómenos colectivos—,<sup>31</sup> pero al margen de este curso maduraron también las semillas de visiones alternativas. Veremos esta evolución en el ámbito anglosajón, atendiendo sucesivamente a la teoría de la acción, las teorías estructurales y el posmodernismo.

En torno a la teoría de la acción se hicieron famosos los nombres de Randall Collins, Anthony Giddens y Jeffrey Alexander, que constituyen la llamada corriente principal de la teoría sociológica (*mainstream theory*). Estos autores han dado nuevos sentidos a conceptos como los de agencia, estructura y estructuración, sistemas, integración, tiempo y espacio, idealismo y materialismo, diferenciación e institucionalización.

Collins (1975) propuso tempranamente una teoría del conflicto, alternativa al funcionalismo estructural, centrada en el estudio de la diferenciación de la sociedad con base en el género, la edad, la raza y la clase, buscando observar los problemas concretos de la gente concreta por medio de un enfoque que luego se deslizó hacia la microsociología (Collins, 1981), desembocando en el concepto de “cadenas rituales de interacción”, o patrones de microcomportamientos repetidos, con carga simbólica.

Giddens (1995) acuñó una teoría sobre la retroalimentación entre acción individual y estructuras, fundándola en los conceptos de agencia y estructuración. Las estructuras sociales no son ya vistas como objetos inmutables que manejan a los actores, sino como fenómenos dinámicos y culturalmente pautados, contruidos por agentes que, a su vez, son condicionados por ellas. Para escapar a una perspectiva estrecha incapaz de explicar la acción de los sujetos sino como epifenómeno de las estructuras, Giddens (1979) aplica el concepto de reflexividad no sólo al sujeto sino también a la ciencia social. Hay una dependencia de las estructuras respecto de la acción,

---

polemizar con sus contradictores. En este trabajo de 1978 trató de extender su esquema de las cuatro funciones (AGIL) a un paradigma de la condición humana, y dentro del esquema general de la acción rebautizó como “sistema de comportamiento” lo que antes había llamado “sistema orgánico”. Entre muchas cosas se le reprocharía (Coleman, 1986) el haber abandonado, a partir de *El sistema social* (1951), la teorización sobre la acción como determinante de las conductas individuales, para privilegiar las nociones de sistema, orden y consenso de valores. Pero para Parsons, como recuerda Luhmann (1996), la acción no se podía contraponer al sistema, porque era por definición un sistema.

<sup>31</sup> No repasaremos la vasta literatura sobre el vínculo “micro-macro” (véanse breves resúmenes en Collins, 1988 y Wiley, 1988), pero baste recordar que prácticamente todos los autores importantes del periodo apuntaron, de un modo u otro, a la cuestión, aunque sea en forma negativa, como Luhmann (1991), para quien la acción juega un papel teórico secundario y los individuos, aunque relacionados con la sociedad, son un fenómeno extrasocial.

pues las primeras son entidades dinámicas construidas, confirmadas (o no confirmadas y por tanto transformadas) en la actividad cotidiana. A la par de Habermas (1987) o Bourdieu (1980; Bourdieu y Wacquant, 1992), Giddens busca así proporcionar, desde fuera de la tradición positivista que encarna, entre otros, el paradigma de la elección racional, una respuesta al problema del vínculo micro-macro.

El neofuncionalismo (Alexander, 1985; Alexander y Colomy, 1985) surgió con fuerza poniendo énfasis en los factores materiales junto a los culturales y tratando de responder a las críticas de conservadurismo y ausencia de dinamismo y concreción a que se había hecho acreedor Parsons.<sup>32</sup> Alexander (1988a) planteó una nueva teoría de la acción, equilibrada con el principio de orden y redefiniendo el esquema parsoniano de acuerdo con la distinción sistema-entorno.<sup>33</sup> La acción se refiere al nivel micro y no puede ser fragmentada; por tanto, la sociedad, la cultura y la personalidad no son, como en Parsons, distintos elementos en que se descompone la acción, sino otros tantos entornos en que la misma se desenvuelve. Alexander presta tanta atención a la acción, en la que señala factores de hermenéutica y estrategia, como a la estructura; elabora una dialéctica entre control, integración y conducta desviada; siguiendo a Keynes, reformula la noción de equilibrio en términos de tensiones sistémicas, y pone énfasis en la diferenciación como modo de cambio. Enmendando a Parsons, toma también muy en cuenta los procesos de innovación, rol y significado de los intereses, la omnipresencia del conflicto y los aspectos disruptivos de la cultura.

Podríamos también añadir a Ritzer (1975 y 1988a:Apéndice) quien, apoyándose epistemológicamente en Thomas Kuhn, ha trabajado la idea de la sociología como ciencia multiparadigmática y elaborado una tipología de metateorías con el fin de lograr una nueva síntesis teórica.<sup>34</sup> Ritzer propone

<sup>32</sup> Aunque cada vez son más los que piensan que estas críticas no fueron siempre acertadas y que la fobia antiparsoniana retrasó el desarrollo de la teoría sociológica (Alexander, 1987; Münch, 1987; Turner y Maryanski, 1988; Luhmann, 1996).

<sup>33</sup> Su trabajo citado (1988a) resume y complementa conclusiones de su obra principal en cuatro volúmenes, *Theoretical logic in sociology* (1982-1983).

<sup>34</sup> El análisis metateórico en sociología (como en otras ciencias) es el estudio de la estructura subyacente en la disciplina (Ritzer, 1988b). Se ubica dentro de un proceso de crecimiento teórico que involucra tres elementos cognoscitivos: metateoría, teoría, e investigación guiada por la teoría. Hay básicamente dos posiciones al respecto (Berger *et al.*, 1989). Para unos, como Parsons y Alexander, el nivel metateórico provee un marco para la construcción de teorías ("La estructura de la acción social" de Parsons sería un ejemplo de metateoría). En cambio para otros, como Blalock, algunas disputas entre metateorías son irresolubles, al menos directamente, y el crecimiento teórico surge cuando se reemplaza una teoría verificable por otra con más apoyo empírico, pero sin que varíen las herramientas metateóricas de métodos y lógica ya existentes. Cuando el debate metateórico está en auge, la construcción de teorías se

un modelo que integra simultáneamente tres paradigmas teóricos y cuatro niveles de análisis de la realidad social. Según lo que se busque conocer, éste puede ser un modelo para armar o desarmar: los distintos paradigmas y niveles de análisis pueden converger o excluirse mutuamente, y ello no depende del modelo en sí sino de la orientación objetual de la investigación (algo parecido en Boudon, 1988-1989). Los paradigmas no son reificados, sino tomados como tipos ideales con valor heurístico a efecto de comprender la naturaleza de la sociología. Pueden modificarse para cambiar la forma de hacer sociología.

A contracorriente de la teoría de la acción, también ha habido en los Estados Unidos un resurgimiento de las teorías estructurales como un tipo de análisis matricial distinto de lo que se entiende en Europa por estructuralismo. Un ejemplo es la teoría de las redes sociales, inspirada inicialmente en la obra de Simmel (Burt, 1982; White, Boorman y Breiger, 1976; Boorman y White, 1976; Wellman y Berkowitz, 1988). Supone, de acuerdo con una concepción no lineal de las relaciones entre procesos causales (Abbott, 1988), que hay complejos particularmente intrincados de papeles interconectados, derivados de los *status* sociales de las personas, que determinan expectativas y posibilidades de acción. Las posiciones estructurales implican interdependencias y poderes más fuertes o más débiles entre individuos. La estructura social se conceptualiza (Knoke, 1993) como un patrón de relaciones entre: 1) *nodos* de la red, que son actores sociales individuales o colectivos, formales o informales, pero teniendo en cuenta que sólo aspectos determinantes de un actor son a veces importantes para el estudio de una red particular; y 2) *interconexiones* de la red, que son interacciones entre actores sociales en que se intercambia algún bien físico o simbólico o se emprende alguna actividad conjunta. El patrón de vinculación o desvinculación entre pares de actores identifica conjuntamente las posiciones básicas en un sistema social y su estructura global. Oportunidades y restricciones en el flujo de información e ideas, el desempeño de tareas y el logro de metas, la acumulación o dispersión de los recursos, dependen más de la estructura de la red que de los atributos específicos de los actores insertos en ella. Actores y relaciones pueden caracterizarse de acuerdo con sus atributos (género o edad de los actores, duración o intensidad de las relaciones), pero esto es irrelevante para el concepto de estructura social como red. Las conexiones dinámicas, vínculos y enlaces entre actores en posiciones sociales similares, dan una explicación más adecuada del proceso causal en un sistema social que las covariaciones entre atributos de los mismos actores. Si bien

---

suspende; pero, reflexivamente, el trabajo empírico, guiado por teorías empíricamente verificables, puede también servir para criticar y reformular metateorías.

actores con similares atributos tienden a actuar igual, esto sólo se da si conjuntamente ocupan posiciones equivalentes en la red, en relación con otros actores. La densidad y tamaño de ésta también influye. Los resultados condicionados por las redes serían inesperados, pero acciones aparentemente irracionales arrojarían resultados colectivamente racionales.

Otro enfoque estructural, que se aleja del de redes, es el de la teoría macroestructural de Blau (1977), que define la estructura social como la distribución de la población en un espacio multidimensional de posiciones sociales. Pero en grandes agregados, las personas ocupan muchas posiciones (familiares, económicas, religiosas, políticas, etc.) y en tal caso, el análisis debe ver sólo los patrones generales de relaciones sociales entre diferentes posiciones ocupadas por mucha gente y no las redes de todas las relaciones entre individuos. Se definen posiciones sociales en cuanto a atributos comunes de las personas, edad, sexo, raza, ocupación, religión, y luego se examinan las tasas globales de asociación entre individuos en estas categorías. Es una concepción cuantitativa que sustenta una teoría deductiva de la macroestructura de las asociaciones en la sociedad mediante un sistema de axiomas y teoremas.

Pero mayor impacto que estos descarnados ejercicios ha tenido en la sociología reciente el posmodernismo (Seidman y Wagner, 1992; Lemert, 1993). Más que una escuela, es un conjunto de corrientes con algunos elementos en común, basados en la convicción epistemológica de que no existe una verdad como tal ni tampoco hay un centro en la vida social, en la política ni mucho menos en la teoría. En consecuencia, no puede haber tampoco una ciencia social, sino una narrativa o la interpretación de una realidad vivida (Lyotard, 1990; Rorty, 1991a). De acuerdo con este pluralismo cognoscitivo, distintas versiones de una misma realidad coexisten aunque sean contradictorias, lo que desafía a la ciencia positiva basada en la formulación de afirmaciones demostrables. Es irónico, pero también revelador, que este movimiento intelectual haya surgido en una sociedad que depende cada vez más del desarrollo científico y tecnológico.

En el posmodernismo se ha señalado la influencia del posestructuralismo francés de los años sesenta y setenta y de la conmoción que produjeran en nuestro conocimiento epistemológico la obra de Karl Popper y sucesivas radicalizaciones (piénsese en Paul Feyerabend). Lo distintivo del posmodernismo, sin embargo, aparte de la oscuridad o la imprecisión de muchos de sus preceptos, es que se acompaña de fenómenos sociales y culturales que tienden a constituirlo también en una moral o una moda, amén de la pretensión (un poco arrogante y no muy fundamentada) de haber descubierto una nueva etapa en la historia de la humanidad.

Las palabras esenciales del posmodernismo son el descentramiento, la diferencia y la desconstrucción como método. Tomado de la obra del filósofo francés Derrida, la *différance* (con *a*) es un concepto teórico general, particularmente importante en el feminismo y otras teorías, que revela el elemento faltante o perdido en el habla y apunta a la crítica del pensamiento moderno centralizado y a la revelación de identidades fracturadas en clase, raza o género. Otro filósofo clave es Rorty, que pone en circulación el concepto de ironía, o sea, el dudar de nuestro propio vocabulario porque sabemos que hay otros en un pluralismo irreductible. El conocimiento es sólo concreto y local, pues el mundo es total y real sólo a partir de lo que uno experimenta y dice (entendemos el sufrimiento de los otros sólo gracias a nuestro propio sufrimiento). Sólo así generalizamos, pero comprometiéndonos con una realidad que no puede ser confirmada. De ahí la importancia que cobra la subjetividad.

En ciencias sociales el posmodernismo es síntoma de un fenómeno peculiar de las últimas décadas, la generación de múltiples escuelas de pensamiento en un panorama en que la diversidad se combina con el afán de síntesis y lo específico con una ambición de universalidad a la que nunca se renuncia del todo. Asistimos a una creciente presencia de enfoques que, partiendo de una nueva apreciación de lo particular, se orientan a un cuestionamiento global de la forma en que la sociedad y el conocimiento están estructurados. El análisis multicultural, fundado en el reconocimiento de las diferencias étnicas, lingüísticas o de otro tipo, incluidas las corrientes feministas o lésbico-gay que cuestionan el orden social con base en el género o las prácticas sexuales, ha cobrado un indudable dinamismo (Lemert, 1993).

La atracción del análisis multicultural o de minorías radica en su enlace político y emotivo con situaciones de la gente común en sociedades complejas, que le asegura un público más amplio del meramente científico, proveyendo un entorno de militancia, estímulo intelectual e incluso moda. Las minorías, ahora reconocidas y amparadas bajo los reflectores, se presentan no como un todo en sí mismo, sino como partes de la sociedad cuyo estudio nos revela realidades desconocidas. La premisa es que al esconderse o devaluarse ciertos grupos o prácticas sociales por medio de convicciones peyorativas sostenidas por el sentido común, la moral o la simple rutina cotidiana, hay un orden social con su cortejo de injusticias que también se vuelve invisible. Como señalan dos feministas (Langermann y Niebrugge-Brantley, 1988), este es un paso metodológico y político no muy distinto del que diera Marx al hablar de la explotación de la clase obrera.

En este panorama plural también se dan coaliciones de enfoques particulares en contra de un enemigo común: por ejemplo, la crítica a la cul-

tura occidental dominada por el conglomerado masculino-blanco-homofóbico. Pero también aparece el problema de la ideología y el dudoso rigor conceptual y el choque entre teorías específicas (el enfoque feminista puede colisionar fácilmente con discursos multiétnicos de sesgo fundamentalista).

De hecho, la crítica feminista debe mucho a dos hombres producidos por la civilización occidental, Marx y Freud. Pero de la *mainstream theory* opina que es a menudo una *malestream sociology*, pues en los libros de texto las contribuciones feministas han quedado reclusas en capítulos aislados que el lector no motivado puede saltarse fácilmente (Chafetz, 1997). También han sido ignoradas en revisiones de literatura sociológica contemporánea, incluso por autores en general sensibles a todo nuevo desarrollo importante. Y ello a pesar de que las científicas sociales han aplicado prácticamente todas las teorías sociológicas significativas a su objeto de investigación, demostrando la importancia del análisis de género en los diversos aspectos de la vida social, sobre todo por medio de la observación del cruce histórico entre sexismo, clasismo y racismo.

Sin embargo, no faltan los problemas metodológicos y epistemológicos. Algunas autoras reivindican, en confrontación con el punto ciego masculino, ideales feministas universales de conocimiento, relaciones sociales y desarrollo moral. Pero si con esto se llega a una visión de la identidad femenina esencialista, céntrica y cultural universal, sería en realidad un modelo "moderno" (con resabios de la teoría de la "personalidad básica") que, según el argumento posmodernista, ocultaría las verdaderas diferencias sociales que hacen la vida de los individuos concretos (Seidman y Wagner, 1992). En no menor medida que otras corrientes o familias de corrientes (el marxismo, el positivismo, el funcionalismo), el feminismo enfrenta el riesgo de mantener conceptos macro invariables, patriarcado, opresión, explotación, a los que se imputa no importa cuál fenómeno social. La sociología empírica puede ser aquí de ayuda, si las categorías de análisis se formulan como variables y no como constantes, y las variables se diseñan como continuas y no dicotómicas, permitiendo captar las diferencias intragénero (por razones culturales, de clase u otras), no menos importantes y muchas veces preponderantes sobre las que existen entre géneros (Chafetz, 1997).

## Conclusión

A fines de los años ochenta, Thomas Fararo (1989) escribió: "No hace tanto tiempo muchos sociólogos podían sentir la verdad de la impresionante metá-

fora [de Jeffrey Alexander] de que la sociología está cansada. Pero hemos entrado a una nueva época: la sociología ha revivido. Es vigorosa. Un elemento de este vigor es un extendido interés en [...] la integración teórica". No todos comparten, sin embargo, este optimismo. Hay quien considera que la sociología está estancada (Luhmann, 1991) o que dista de tener grandes teorías de un nivel satisfactorio, tanto en lo explicativo como en su conexión con lo empírico (Elster, 1990 y 1986). Otros replican que no existe un estancamiento teórico, sino una acumulación y crecimiento probados (Wagner y Berger, 1985), debidos en gran medida a la reformulación de la disciplina como una ciencia multiparadigmática y capaz de comprender simultáneamente diversos niveles de análisis de relaciones entre los actores, los fenómenos sociales y sus contextos (Di Prete y Forristal, 1994).

En la llamada corriente principal vemos no sólo muy variadas influencias, de los clásicos a los "posmodernos", sino también el intento de superarlas por medio de una síntesis de negación-recuperación de distintas escuelas. Si bien estos autores tratan de ser sensibles a las críticas dirigidas al objetivismo de la sociología tradicional, también buscan mantener la sociología como ciencia empírica, escapando al dilema entre positivismo y relativismo, o entre verificación y hermenéutica. Los elementos interpretativos se combinan con una metodología empírica y con una perspectiva "micro-macro" en el nivel teórico más abstracto.

Por lo demás, no todos los marginales a la corriente principal desdeñan la búsqueda de la convergencia con ésta. Partidarios del enfoque sistémico o teóricas del feminismo proponen un acercamiento (Münch, 1990; Bailey, 1994; Chafetz, 1997). También puede lograrse la síntesis mediante el método matemático (Fararo y Skvoretz, 1987). Todas son formas no sólo de hacer avanzar nuevas formulaciones sino también de evaluar lo que hay de verdadero o de falso en las viejas polémicas y oposiciones entre teorías.

En esta búsqueda hay, por lo menos, dos reparos que quedan en pie. En primer lugar, el afán por lograr una nueva síntesis, si bien comprensible no debe ser exagerado. Filósofos como Feyerabend o Rorty (1991b) nos han señalado que las tendencias a la dispersión teórica no son sólo un hecho sino también una alternativa válida y enriquecedora. La divergencia no es una mera ocurrencia, también puede ser un método para la construcción de teorías, siempre que no la percibamos en una dimensión de antagonismo ontológico con la posibilidad igualmente contingente pero útil de la síntesis.

En segundo lugar, el reavivamiento del interés por los clásicos<sup>35</sup> presenta cierta ambigüedad, en la medida en que no queda del todo claro si son sólo

<sup>35</sup> Según el cálculo de J. Turner, en los años ochenta, alrededor de la mitad de la producción teórica en sociología versaba sobre alguna reinterpretación de los clásicos.

un punto de apoyo o un horizonte insuperado pese a los esfuerzos de renovación. La resurrección de Parsons es en tal sentido demostrativa, y esta duda deja un interrogante acerca del estado actual de la sociología.

Recibido en julio de 1998

Revisado en agosto de 1998

Correspondencia: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco/Departamento de Política y Cultura/Calzada del Hueso, núm. 1100/Col. Villa Quietud/C. P. 04960/México, D. F.

#### Bibliografía

- Abbott, Andrew (1988), "Trascending general linear reality", *Sociological Theory*, vol. 6, núm. 2.
- Abell, Peter (1991), "Rational choice theory", *Schools of Thought in Sociology*, vol. 8, Aldershot, Inglaterra y Brookfield, Vermont, Edward Elgar.
- Alexander, Jeffrey (comp.) (1995), "The reality of reduction: the failed synthesis of Pierre Bourdieu", en J. Alexander, *Fin de siècle social theory*, Londres y Nueva York, Verso.
- (1988a), *Action and its environments*, Nueva York, Columbia University Press.
- (1988b), "El nuevo movimiento teórico", *Estudios Sociológicos*, vol. VI, núm. 17.
- (1987), *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Gedisa.
- y Colomy, Paul (1985), "Toward neofunctionalism", *Sociological Theory*, vol. 3, núm. 3.
- (1985), *Neofunctionalism*, Beverly Hills, Londres y Nueva Delhi, Sage.
- Bailey, Kenneth D. (1994), *Sociology and the new system theory. Towards a theoretical synthesis*, Albany, State University of New York.
- Becker, Gary (1987), *Tratado sobre la familia*, Madrid, Alianza Universidad.
- (1976), *The economic approach to human behavior*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Berger, Joseph *et al.* (1989), "Theory growth, social processes, and meta-theory", en J. H. Turner (ed.), *Theory building in sociology. Assessing theoretical cumulation*, Londres y Nueva Delhi, Sage.

- Bernstein, Richard J. (1982), *La reestructuración de la teoría social y política*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Bertalanffy, Ludwig von (1976-1968), *Teoría general de los sistemas. Fundamentos, desarrollo, aplicaciones*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Blalock, Hubert M. (1984), "Contextual-effects models: theoretical and methodological issues", *Annual Review of Sociology*, vol. 10.
- Blau, Peter (1995), "A circuitous path to macrostructural theory", *Annual Review of Sociology*, núm. 21.
- (1977), "A macrostructural theory of social structure", *American Journal of Sociology*, vol. 3, núm. 1.
- Blaug, Mark (1992), *The methodology of economics. Or how economists explain*, Nueva York, Cambridge University Press, segunda edición.
- Boorman, Scott A. y Harrison C. White (1976), "Social structure from multiple networks. II. Role Structures", *American Journal of Sociology*, vol. 81, núm. 6.
- Boudon, Raymond (1988-1989), "Will sociology ever be a normal science?", *Theory and Society*, vol 17, núm. 5.
- (1980), *Efectos perversos y orden social*, México, Premia.
- Bourdieu, Pierre y Loïc J. D. Wacquant (1992), *An invitation to reflexive sociology*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press.
- Bourdieu, Pierre (1988), *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus.
- (1980), *Le sens pratique*, Paris, Editions de Minuit.
- Bredemeier, Harry C. (1988), "La teoría del intercambio", en T. Bottomore y R. Nisbet, *Historia del análisis sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Buckley, Walter (1970), *La sociología y la teoría moderna de los sistemas*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Burt, Ronald S. (1982), *Toward a structural theory of action. Network models of social structure, perception and action*, Nueva York, Academic Press.
- Cohen, Gerald A. (1986a), *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa*, Madrid, Siglo XXI y Pablo Iglesias.
- (1986b), "Réplica a 'Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos' de Jon Elster", *Sociológica*, vol. 1, núm. 2, otoño.
- Coleman, James S. y Thomas J. Fararo (1992), "Introduction", en J. S. Coleman y T. J. Fararo (eds.), *Rational choice theory. Advocacy and critique*, Londres y Nueva Delhi, Sage.
- Coleman, James S. (1990), *Foundations of social choice theory*, Cambridge, Mass. y Londres, Harvard University Press.
- (1986), "Social theory, social research, and a theory of action", *American Journal of Sociology*, vol. 91, núm. 6.

- Collins, Randall (1996), *Cuatro tradiciones sociológicas*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.
- (1988), "The micro contribution to macrosociology", *Sociological Theory*, vol. 6, núm. 2.
- (1981), "On the microfoundations of macrosociology", *American Journal of Sociology*, vol. 86, núm. 5, marzo.
- (1975), *Conflict sociology. Toward an explanatory science*, Nueva York y Londres, Academic Press.
- Chafetz, Janet Saltzman (1997), "Feminist theory and sociology: underutilized contributions for mainstream theories", *Annual Review of Sociology*, vol. 23.
- Descombes, Vincent (1998), *Lo mismo y lo otro. Cuarenta y cinco años de filosofía francesa (1933-1978)*, Madrid, Cátedra.
- Di Prete, Thomas A. y Jerry D. Forristal (1994), "Multilevel models: methods and substance", *Annual Review of Sociology*, vol. 20.
- Elster, Jon (1990), *Tuercas y tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, Barcelona, Gedisa.
- (1989), *Ulises y las sirenas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1986), "Introduction", en J. Elster (ed.), *Rational choice*, Nueva York, New York University Press.
- (1985), *Making sense of Marx*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Fararo, Thomas (1989), "The spirit of unification in sociological theory", *Sociological Theory*, vol. 7, núm. 2.
- Fararo, Thomas y John Skvoretz (1987), "Unification research programs: integrating two structural theories", *American Journal of Sociology*, vol. 92, núm. 5.
- Flacks, Richard y Gerald Turkel (1978), "Radical sociology: the emergence of neo-marxian perspectives in U.S. sociology", *Annual Review of Sociology*, vol. 4.
- Friedman, Debra y Michael Hechter (1988), "The contribution of rational choice theory to macrosociological research", *Sociological Theory*, vol. 6, núm. 2.
- Giddens, Anthony (1995), *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1990), *La teoría social, hoy*, Madrid, Alianza Editorial.
- (1979), *Central problems in social theory. Action structure and contradiction in social analysis*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
- Gouldner, Alvin (1983), *Los dos marxismos*, Madrid, Alianza.
- (1973), *La crisis de la sociología occidental*, Amorrortu, Buenos Aires.

- Habermas, Jürgen (1987), *La teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Taurus.
- Hechter, Michael y Satoshi Kanzawa (1997), "Sociological rational choice theory", *Annual Review of Sociology*, vol. 23.
- Hechter, Michael (1987), "Principles of group solidarity", Berkeley, University of California Press.
- Homans, George C. (1990), "El conductismo y después del conductismo", en A. Giddens y J. Turner, *La teoría social, hoy*, Madrid, Alianza Editorial.
- Knoke, David (1993), "Networks as political glue: explaining public policy-making", en W. J. Wilson, *Sociology and the public agenda*, Londres, Sage.
- Langermann, Patricia M. y Jill Niebrugge-Brantley (1988), "Contemporary feminist theory", en G. Ritzer, *Contemporary sociological theory*, Nueva York, Alfred A. Knopf, segunda edición.
- Lemert, Charles (ed.) (1993), *Social theory. The multicultural and classic readings*, Boulder, San Francisco, Westview Press.
- Luckmann, Thomas (1996), *Teoría de la acción social*, Barcelona, Paidós.
- Luhmann, Niklas (1996), *Introducción a la teoría de sistemas. Lecciones publicadas por Javier Torres Nafarrate*, México, UIA, ITESO y Anthropos.
- y Raffaele De Georgi (1993), *Teoría de la sociedad*, México, UdeG, UIA e ITESO.
- Luhmann, Niklas (1991), *Sistemas sociales. Lincamientos para una teoría general*, México, UIA y Alianza Editorial.
- Lyotard, Jean-François (1990), *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, México, Rei.
- Macpherson, C. B. (1984), "Introduction", en T. Hobbes, *Leviathan*, Harmondsworth, Penguin.
- Macy, Michael y Andreas Flache (1995), "Beyond rationality in models of choice", *Annual Review of Sociology*, núm. 21.
- Marx, Karl (1968 [1844]), *Manuscritos. Economía y filosofía*, Madrid, Alianza Editorial.
- Miller, David (1997), "El resurgimiento de la teoría política", *Metapolítica*, vol. 1, núm. 4.
- Moser, Paul K. (1990), *Rationality in action. Contemporary approaches*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Münch, Richard (1992), "Rational choice theory. A critical assessment of its explanatory power", en J. S. Coleman y T. J. Fararo (eds.), *Rational choice theory. Advocacy and critique*, Londres, Sage.

- (1990), "Teoría parsoniana actual: en busca de una nueva síntesis", en A. Giddens y J. Turner, *La teoría social, hoy*, Madrid, Alianza Editorial.
- (1988), *Understanding modernity. Towards new perspectives going beyond Durkheim and Weber*, Londres y Nueva York, Routledge.
- (1987), *Theory of action. Towards a new synthesis going beyond Parsons*, Londres y Nueva York, Routledge and Kegan Paul.
- Obershall, Anthony (1978), "Theories of social conflict", *Annual Review of Sociology*, núm. 4.
- Ortega y Gasset, José (1985 [1930]), *La rebelión de las masas*, México, Origen/Planeta.
- Parsons, Talcott (1978), "A paradigm of the human condition", en T. Parsons, *Action theory and the human condition*, Nueva York y Londres, The Free Press.
- Ritzer, George (ed.) (1990), *Frontiers of social theory*, Nueva York, Columbia University Press.
- (1988a), *Contemporary sociological theory*, Nueva York, Alfred A. Knopf, segunda edición.
- (1988b), "Sociological metatheory: a defense of a subfield by a delineation of its parameters", *Sociological Theory*, vol. 6, núm. 2.
- (1975), "Sociology: a multiparadigm science", *The American Sociologist*, vol. 10, núm. 3.
- Roemer, John (1989a), *Teoría general de la explotación y de las clases*, Madrid, Siglo XXI.
- (comp.) (1989b), *El marxismo: una perspectiva analítica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Rorty, Richard (1991a), *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Paidós.
- (1991b), *Objectivity, relativism and truth. Philosophical papers I*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Rosenberg, Alexander (1995), *Philosophy of social science*, Boulder, Colorado, Westview Press, segunda edición.
- Skocpol, Theda (1984), *El Estado y las revoluciones sociales. Un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Seidman, Steve y David G. Wagner (1992), *Postmodernism and social theory. The debate over general theory*, Cambridge, Mass., Blackwell.
- Sewell, William H. (1992), "A theory of structure: duality, agency, and transformation", *American Journal of Sociology*, vol. 98, núm. 1.
- Stigler, George J. y Gary S. Becker (1977), "The gustibus non est disputandum", *American Economic Review*, vol. 67, núm. 2.

- (1968), "The development of utility theory", en A. N. Page, *Utility theory: a book of readings*, Nueva York, John Wiley.
- Tarrow, Sidney (1988), "National politics and collective action: recent theory and research in Western Europe and the United States", *Annual Review of Sociology*, vol. 14.
- Touraine, Alain (1987), *El regreso del actor*, Buenos Aires, Eudeba.
- (1978), *La voix et le regard*, Paris, Seuil.
- Turner, Jonathan H. (1991), *The structure of sociological theory*, Belmont, Cal., Wadsworth, quinta edición.
- (ed.) (1989), *Theory building in sociology. Assessing theoretical cumulation*, Londres, Sage.
- y Alexandra R. Maryanski (1988), "Is 'neofunctionalism' really functional?", *Sociological Theory*, vol. 6, núm. 1.
- Vergara Anderson, Luis, (1994), "Las teorías de sistemas y las ciencias sociales", en E. Martínez (comp.), *Ciencia, tecnología y desarrollo: interrelaciones teóricas y metodológicas*, Caracas, Nueva Sociedad.
- Wagner, David G. y Joseph Berger (1985), "Do social theories grow?", *American Journal of Sociology*, vol. 90, núm. 4.
- Wallerstein, Immanuel (1989), *El capitalismo histórico*, México, Siglo XXI.
- Wellman, Barry y S. D. Berkowitz (1988), *Social structures. A network approach*, Nueva York, Cambridge University Press.
- White, Harrison C., Scott A. Boorman y Ronald L. Breiger (1976), "Social structure from multiple networks. I. Blockmodels of roles and positions", *American Journal of Sociology*, vol. 81, núm. 4.
- Wiley, Norbert (1988), "The micro-macro problem in social theory", *Sociological Theory*, vol. 6, núm. 2.
- Winch, Peter (1972), *Ciencia social y filosofía*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Wright, Erik Olin, Andrew Levine y Elliott Sober (1992), "Marxism and methodological individualism", en E. O. Wright *et al.*, *Reconstructing marxism. Essays on explanation and the theory of history*, Londres, Verso.
- Wright, Erik Olin, (1985), *Classes*, Londres, Verso.

